

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP
Ensenada, 3, 4 y 5 de diciembre de 2014
Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
(Universidad Nacional de La Plata)

Mesa 11: *De la Revolución Libertadora al Menemismo. Lucha de clases y conflictos políticos en Argentina (1955-1989).*

Nombre y apellido del autor: Hernán Camarero

Pertenencia institucional: CONICET – UBA

Dirección de correo electrónico: hercamarero@gmail.com

Nombre y apellido del autor: Martín Mangiantini

Pertenencia institucional: ISP Joaquín V. González – UBA

Dirección de correo electrónico: martinmangiantini@gmail.com

Título: “Inserción, influencia y proletarización: un análisis de los vínculos entre la izquierda y la clase obrera en la Argentina del siglo XX a partir de dos experiencias”

Resumen:

La vinculación entre izquierdas partidarias y clase obrera presenta tópicos invariables, aún pese a las diferencias históricas de actores y contextos. La izquierda pretende influir en los trabajadores, con el fin de convertirse en su dirección política. Cuando esa intervención se hizo inicialmente “desde afuera”, con una izquierda que debía conquistar su presencia orgánica en las filas proletarias, las disyuntivas quedaban planteadas: ¿cómo acercarse a la clase, cómo efectuar la labor de penetración en ella, cómo lograr que sus cuadros se conviertan en referentes de los trabajadores? Las cuestiones de la “implantación”, la “inserción”, la “proletarización”, así como la de los repertorios de organización relacionadas con ellas, quedan planteadas. Nos proponemos reflexionar a partir de dos casos históricos: el Partido Comunista durante 1920-1930 (en el contexto de una clase obrera industrial desorganizada y, en buena medida, carente de representación política); y el PRT-La Verdad, de orientación trotskista, que actuó durante el ciclo 1968-1972, el de la emergencia de tendencias obreras clasistas y de parcial cuestionamiento a la burocracia peronista. En el trabajo, se describirá cada proceso y se buscará alcanzar algunas conclusiones comparativas y generales.

Más allá de las diferencias históricas de actores y contextos, la relación entre la izquierda partidaria y la clase obrera en la Argentina conlleva aspectos comunes que se mantuvieron relativamente constantes. Independientemente de las particularidades teórico-ideológicas de cada estructura partidaria y del momento coyuntural específico en el que se desarrollaron, la izquierda pretendió influir en los trabajadores con el fin de convertirse en su dirección política. Partiendo de esta premisa, se valió de diversas estrategias para forjar una presencia determinante en su seno. En

relación con esta temática, este trabajo se propone dos objetivos simultáneos. En primer lugar, analizar el significado de conceptos tales como “inserción”, “influencia” o “implantación” utilizados indistintamente, y con frecuencia, para referirse a dispares experiencias en las que una organización partidaria forjó una determinada presencia en el seno de una clase obrera a la que pretendía dirigir. En este sentido, en numerosas investigaciones (principalmente históricas) sobre distintas estructuras revolucionarias suele afirmarse la existencia de su influencia en el movimiento obrero. No obstante, es válido preguntarse cómo analizar en términos cuantitativos y cualitativos que un partido revolucionario logró efectivamente un peso determinante en este sujeto social y qué variables se deben ponderar para dar cuenta de una influencia real. Estos interrogantes fueron escasamente respondidos en este tipo de trabajos. Por ello, se pretende profundizar el análisis alrededor de estos conceptos a la luz de los diversos aportes existentes de los teóricos más relevantes del campo del marxismo clásico como así también desde las recientes producciones historiográficas, sociológicas y politológicas.

En segundo orden, el objetivo de este trabajo recae en analizar el repertorio de estrategias utilizadas por diversas estructuras partidarias para alcanzar su objetivo de penetración en el proletariado. Para ello, nos valdremos de dos experiencias históricas disímiles: el Partido Comunista durante 1920-1930 y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)-La Verdad, de orientación trotskista, durante el ciclo 1968-1972.

La relación de un partido revolucionario con las estructuras sindicales y, en relación con ello, las estrategias del primero para lograr una inserción entre los trabajadores fueron temáticas disparmente abordadas por la teoría marxista clásica de las primeras décadas del siglo XX. El análisis leninista desarrollado en 1902 en el *¿Qué hacer?*, elaborado en la particular coyuntura de la lucha de clases bajo el imperio zarista, se convirtió en una referencia determinante para reflexionar sobre el papel que un partido revolucionario forjaría en el seno de las estructuras sindicales. Éste permitió un debate al interior de la izquierda tras afirmarse que el sindicalismo carecía de un potencial revolucionario dado que el movimiento obrero, a partir de las luchas económicas por mejoras salariales y condiciones de trabajo, no superaría una conciencia economicista que rompiera con la ideología burguesa hegemónica. De allí, la importancia de un partido revolucionario cuya tarea central fuera dinamizar una conciencia desde afuera en el proletariado. Esta caracterización, no menospreciaba la importancia de la herramienta sindical la que, por el contrario, fue ponderada por Lenin como un notorio progreso organizativo de la clase obrera en los orígenes del desarrollo del capitalismo (LENIN, 2007 y 1973). En la misma línea, se inscriben las caracterizaciones de Trotsky y de Gramsci. Para el primero, el origen de los

sindicatos representó un desafío a la estabilidad política del capitalismo dado que expresaba el principio del gobierno obrero. Ante ello, la inserción de un partido revolucionario era una de sus tareas fundamentales independientemente de la situación en la que éstos se encontraran y de su conducción (TROTSKY, 1927 y 1940). Gramsci, por su parte, afirmó que el sindicato, como creación del proletariado, fue una búsqueda de superación de su propia estructura de clase. A partir de la elección en su seno de dirigentes, los primeros esbozos de una administración propia y la intención de una limitación a los avances de las clases dominantes, se transformaron en un embrión de un estado obrero dentro del propio estado burgués (GRAMSCI, 1922). En su posterior derrotero, sostuvo la necesidad más específica de forjar una inserción partidaria en las comisiones internas a las que identificaba como un nuevo tipo de organización que frenaba y limitaba el poder capitalista en el espacio fabril mientras que, la estructura sindical general, se transformaba en una organización útil al mismo capitalismo (SANTELLA, 2011).

Se desprende, a su vez, de este bagaje teórico que la posibilidad de inserción de la izquierda partidaria en los organismos obreros se encuentra condicionada, entre otros factores, por el contexto político existente en cada etapa histórica. Trotsky arguyó que la influencia de un partido revolucionario en el mundo del trabajo estaba imbricada a la coyuntura de conflictividad social y al nivel de la lucha de clases. En tiempos de retroceso y de luchas económicas aisladas, la izquierda partidaria tendría un papel secundario en la acción sindical limitándose a participar de alguna decisión particular o colaborar en una huelga mediante la agitación política. Por el contrario, en momentos de radicalización (en un contexto de huelgas generales y luchas por el poder), el partido asumiría un papel de dirección más directo en el que los sindicatos se transformarían en sus aparatos organizativos. Entre ambas situaciones, se encontraba una gama de posibles relaciones entre ambas entidades (TROTSKY, 1929).

El otro factor determinante que posibilitaba un mayor grado de influencia de la izquierda partidaria en las estructuras sindicales recaía en el tipo de Estado existente. Para Trotsky, las posibilidades de inserción eran más factibles en el contexto de una democracia burguesa que en el marco de un Estado totalitario o semitotalitario. Estas variables no eliminaban el objetivo de inserción con la consecuente búsqueda de estrategias acordes a cada coyuntura. Por ejemplo, durante un gobierno fascista, se impondría una estrategia sindical clandestina y a salvaguarda de la exposición (TROTSKY, 1940). En una misma línea, Lenin rechazó y caracterizó como absurda la negación a la participación de los militantes revolucionarios en sindicatos conducidos por fuerzas reaccionarias y la premisa de construcción de organismos obreros paralelos a los ya existentes dado que ello redundaría en estructuras ficticias y ajenas a una real inserción. Incluso con la revolución bolchevique triunfante, reivindicó la inserción en los organismos sindicales a los

que caracterizó como un aparato proletario (si bien no comunista), flexible y amplio, a través del cual una organización podría ligarse a la clase obrera y a las masas (LENIN, 1973).

Los interrogantes que se desprenden de esta temática recaen en cómo cuantificar el alcance de la inserción de una organización revolucionaria en el seno del proletariado y en sus organismos de representación y qué variables utilizar para analizar o medir la existencia real de tal influencia. Son escasas las respuestas que ofrece la teoría marxista. La contestación más acabada la brinda Trotsky quien analiza que la conquista de una cierta influencia de un partido revolucionario en la clase obrera se ajusta a variables como, por ejemplo, el número de militantes de esa estructura que ocupen cargos en la dirección sindical, la circulación existente de la prensa partidaria entre los trabajadores, la concurrencia de éstos a diversos actos organizados por el partido, el número de votos obtenidos en un proceso electoral y, principalmente, el número de obreros que respondan activamente a los llamamientos realizados por tal estructura a la lucha (TROTSKY, 1929).

Por último, es factible esbozar un relevo de determinadas estrategias a desarrollar por parte de un partido revolucionario para forjar su inserción en el seno del proletariado. Lenin utilizó alternadamente expresiones tales como simpatía, adhesión o apoyo para referirse a esta búsqueda de inserción y caracterizó que la propaganda y la agitación sistemática eran las herramientas centrales a dinamizar al interior de los sindicatos independientemente de su conducción o de su nivel de conciencia (LENIN, 1973). En el mencionado *¿Qué hacer?*, identificó como principal medio de propaganda política y estrategia de inserción la publicación de boletines y folletos con denuncias económicas inherentes a las distintas fábricas lo que permitía, desde su perspectiva, dar inicio a diversas luchas sindicales y a la difusión de concepciones socialistas (LENIN, 2007). En una línea similar, Gramsci esgrimía la necesidad de inserción de una célula comunista en cada fábrica, empresa, sindicato o comisión interna dado que, el reconocimiento de un partido revolucionario estaba imbricado a la difusión de los grupos comunistas dentro de estos organismos y la diferenciación que éstos realizaran con las variantes reformistas o sindicalistas también existentes en las instancias de discusión. En esta línea, primaba como metodología de inserción la participación comunista en espacios tales como las asambleas fabriles y sindicales en las que sostener las proposiciones correspondientes (GRAMSCI, 1920 y 1922). Por su parte, en el marco de sus polémicas sobre la conciencia de clase y sus matices con el paradigma leninista, Rosa Luxemburgo argumentaba la necesidad de inserción de la izquierda partidaria en el fragor de un conflicto laboral. Sosteniendo el carácter espontaneísta del ascenso obrero y el papel secundario de un partido en el inicio de la conflictividad, afirmó que la tarea central de una organización revolucionaria sería transformarse en la dirección política una vez dinamizado el movimiento huelguístico. A su entender, una táctica coherente y progresiva por parte de esta

vanguardia produciría entre las masas un sentimiento de seguridad y confianza en sí mismas que permitirían la continuidad y superación de tal conflicto (LUXEMBURGO, 1974).

La relación partidos – movimiento obrero y, específicamente, el abordaje en torno a la inserción e influencia en el proletariado por parte de las organizaciones revolucionarias también fue disparmente analizado por las ciencias sociales en las últimas décadas. Las ciencias políticas avanzaron sobre este campo desde diversas perspectivas como, por ejemplo, la teoría de la institucionalización de las organizaciones que analizó la interacción entre partidos y sindicatos como dos entidades con reglas y mecanismos de funcionamiento internos propios (HELME y LEVITSKY, 2006), o bien, desde una relación de conveniencia mutua en la que ambas estructuras intentan sacar provecho de tal vínculo (BOXALL y HAYNES, 1997). Desde diversas perspectivas, la sociología del trabajo abordó colateralmente esta problemática pero sin profundización particular en la problemática de la inserción (ABRAMO y MONTERO, 2000).

No obstante, un campo de la sociología digno de mención recae en los estudios sobre los denominados Nuevos Movimientos Sociales. En este terreno, cobra injerencia el trabajo de Sidney Tarrow (1994) en torno a la estructura de las oportunidades políticas en el que se propone reflexionar cómo determinados movimientos adquieren una notable, aunque transitoria, capacidad de movilización y de presión contra las elites o las autoridades. Si bien no se refiere a la relación de los movimientos sociales con las masas en términos de inserción o influencia, se argumenta que, si bien la protesta es producto de conflictos inherentes a la sociedad, no puede concebirse como un resultado automático. Por el contrario, para que la acción colectiva se produzca, es necesario que surjan los actores colectivos, se organicen y creen identidades colectivas (TARROW, 1994:8). En relación con ello, es pertinente su estudio en torno al repertorio de acciones colectivas sostenidas por un movimiento determinado. Tarrow identifica tres formas de acción colectiva. En primer lugar, la violencia como un método fácil de sostener por grupos aislados y sin recursos pero con grandes limitaciones al alejar a aquellos simpatizantes que no comulguen con tales acciones. Éstas sólo tienen más poder que otras cuando el orden se derrumbó o cuando se producen divisiones de tipo étnico, religioso o nacional (TARROW, 1994:184-187). En segundo orden, las formas de acción colectiva convencionales tales como huelgas, marchas, mítines públicos y asambleas que tienen la dificultad de necesitar la coordinación de grandes grupos frente a oponentes compactos y poderosos pero, a su vez, la ventaja de utilizar formas de acción que la población ya conoce y sabe utilizar (Ibídem: 188). Por último, se encuentran las acciones disruptivas (ocupaciones, bloqueos o sentadas) que, amenazan con el uso de la violencia logrando ser especialmente efectivas por la incertidumbre que generan (Ibídem: 191-195).

Por último, en el campo historiográfico, como se afirmó, el avance tanto en el estudio de la izquierda partidaria como, paralelamente, del movimiento obrero, no dio cuenta en demasía de un análisis sincrónico y entrelazado de ambos objetos de estudio. Dentro de un amplio abanico de producciones, se destaca la investigación de Pablo Pozzi sobre el PRT-ERP (2004). En su análisis sobre la inserción de esta estructura en el movimiento de masas existe una preocupación por reflexionar sobre aquellos elementos de juicio que permitirían caracterizar su alcance. Afirma que medir el grado de simpatía de una organización entre la población es una tarea de apreciación subjetiva aunque se podrían tener en cuenta determinados elementos que permitirían afirmar su existencia tales como, por ejemplo, el crecimiento de la misma a través de la captación de obreros, la conducción de un sindicato, la difusión y recepción de su propaganda, y su capacidad para escuchar y dirigir a distintos sectores de las masas (POZZI, 2004: 169-170).

Retomando diversos trabajos preexistentes (CAMARERO, 2007; MANGIANTINI, 2014) y, a la luz del marco teórico – conceptual desarrollado nos proponemos continuar esta problemática de entrelazamiento entre la izquierda y la clase obrera a partir de dos experiencias concretas.

El primer caso que exponemos es el del Partido Comunista (PC), el cual logró una creciente inserción en la clase obrera industrial de la Argentina, a partir de mediados de la década de 1920 y que fue incrementando notablemente en los años treinta. Los comunistas desplazaron la presencia anarquista en el sector y se situaron en un espacio que no había sido mayormente ocupado ni por los socialistas ni por los sindicalistas revolucionarios, los cuales estaban mayoritariamente insertos en los sectores y gremios del transporte y los servicios. Puede afirmarse que la del PC fue la primera experiencia de implantación sistemática y planeada de un partido de izquierda en el proletariado industrial. Además, desde los años veinte ese partido introdujo una novedad en cuanto a las formas de organización de las fuerzas políticas del país, en especial, respecto al agrupamiento de sus afiliados: las células obreras. Se trataba de un organismo que funcionaba como la estructura primera y básica del partido: lograba asegurar el compromiso militante, facilitaba el disciplinamiento de sus integrantes, se adaptaba a los imperativos de la acción comunista clandestina e ilegal y, sobre todo, posibilitaba una eficaz proletarización de las filas comunistas. Las células no sólo representaron la aparición de un novedoso repertorio organizacional en el campo de la acción política en el país, sino que también coadyuvaron a la germinación de un nuevo tipo de militante, totalmente entregado a su causa y dotado de una serie de atributos distinguibles en el escenario de la época.

A partir de 1925 y hasta 1935, se desplegó un período particular en la historia del comunismo argentino. En un sentido, las caracterizaciones y acciones del PC durante esta década

se “autonomizaron” de los avatares y abruptos cambios de la situación política, económica y social del país, definida, sucesivamente, por la consolidación del dominio gubernamental del radicalismo, la reelección yrigoyenista, la crisis económica y el golpe militar de 1930, la dictadura de Uriburu y la imposición de un régimen conservador fraudulento encabezado por el general Justo. El PC debió responder y adaptarse a estas cambiantes realidades, pero impulsó una estrategia común que acabó signando todo el ciclo. En gran medida, esta fue la de la proletarianización y la “bolchevización” del partido, es decir: la inserción orgánica entre los trabajadores que se multiplicaba en los talleres y grandes fábricas emergentes con el crecimiento industrial; y la adopción definitiva del criterio organizativo leninista, lo que se expresó en la rearticulación global del partido en torno a células obreras formadas por militantes entregados por completo a la causa. Fue a partir de ese momento cuando comenzó la implantación orgánica y multiforme del PC en el mundo de los trabajadores: con la creación de las células fabriles, las agrupaciones gremiales y los sindicatos, las asociaciones de obreros inmigrantes y las instituciones propias de una cultura proletaria que intentaba atender el tiempo libre de los trabajadores. Fue en ese ámbito donde se articularon casi todas sus propuestas y sus prácticas.

Desde 1925 los comunistas priorizaron el reclutamiento de adherentes obreros hacia sus filas. Se cuenta con datos muy precisos sobre la incorporación de miembros al PC de la Capital Federal, la zona clave y más representativa, pues tendía a congregarse por esa época algo menos de la mitad de los activos de todo el país. Hacia agosto de 1926, esa regional contaba con unos setecientos seguidores. Si se considera su fecha de ingreso, se comprueba que el 55% había sido reclutado en el año y medio anterior, es decir, a partir de la implantación de la estrategia de la “proletarianización” y del establecimiento de la organización celular.¹ Al examinar el origen social de los afiliados capitalinos, las cifras muestran el proceso de transformación que sufría el PC. Según los datos manejados en el Comité Ejecutivo Ampliado de junio de 1925, en ese momento, el 55% de los militantes comunistas de la ciudad eran obreros; el 45% restante estaba constituido mayoritariamente por empleados, maestros, estudiantes, trabajadores independientes, comerciantes y cuentapropistas. Luego de esa fecha, la consigna del partido fue “Por una mayor proletarianización” y se fijó una tarea urgente: “Debemos conquistar, antes del congreso del partido, mil obreros que trabajen en fábricas, empresas comerciales o explotaciones agrícolas”.² Para agosto de 1926, cumplida la febril campaña de reclutamiento proletario y de implantación de la organización celular, las cifras habían variado ostensiblemente: el porcentaje de operarios era del

¹ Datos y porcentajes extraídos de: Mallo López, Israel “Informe de organización del Comité Local a la segunda conferencia de la Capital”, agosto de 1926. Allí se establece que hacia esa fecha el 10,67% de los militantes pertenecían a la camada fundadora del PC (1917-1918), el 2,16% a los ingresados en 1919, el 2,50% a los de 1920, el 13,50% a los de 1921, el 3,17% a los de 1922, el 6,33% a los de 1923 y el 6,83% a los de 1924. El 33,84% se había incorporado en 1925 y el 21,00% en 1926 (aún en curso), lo que da la cifra global de casi el 55%.

² “Resolución del CE ampliado”, en *La Internacional* (“Órgano del Partido Comunista de la Argentina - Sección de la Internacional Comunista”), (en adelante *LI*), Año VIII, N° 1077, 8/7/25, p. 1.

77,75% y el de los empleados era del 13%, lo que arrojaba un total de algo más de un 90% de trabajadores asalariados, frente a casi un 10% que no lo eran. El PC ya no perderá ese carácter sociológicamente obrero hasta la irrupción del peronismo. En esos tiempos, en términos generales, el PC reclutaba un prototipo de individuo, definido por una triple condición: obrero industrial, varón (cuya proporción numérica con las mujeres era casi de 5 a 1 en el conjunto del proletariado industrial del país) y con una edad que iba entre los 20 y 35 años. A ello también puede agregarse otro atributo frecuente: el de ser extranjero, dadas las condiciones de subalternidad, explotación y opresión que sufrían los recién llegados al país y que asumían rápidamente una situación de asalariado.

A partir de 1928 el PC pasó de la estrategia del “frente único” a la de “clase contra clase”, según lo dispuesto en el VI Congreso de la Internacional Comunista. Desde una visión catastrofista del capitalismo mundial, se auguraba su inminente caída final (poco después, la crisis y el inicio de la Gran Depresión parecían “confirmar” esos pronósticos). Desde este diagnóstico, se repudiaba todo compromiso con la socialdemocracia (la única posibilidad de frente único era “por abajo”, es decir, con los obreros socialistas que dieran la espalda a sus jefes), se planteaba la necesidad de escindir los sindicatos para crear organismos gremiales revolucionarios, se tendía a anular las diferencias entre dictaduras y democracias burguesas, y sólo se reconocía la existencia de dos campos políticos excluyentes: fascismo versus comunismo. Esto derivó en una línea confrontacionista y de notable combatividad a las organizaciones gremiales dirigidas o influenciadas por los militantes del PC, las cuales se agruparon en el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), en oposición a la flamante CGT. El CUSC y sus distintos componentes protagonizaron violentas huelgas durante el segundo gobierno de Yrigoyen, la dictadura de José F. Uriburu y la presidencia de Agustín P. Justo. El costo de esa resistencia no fue menor: durante los años treinta, el PC sufrió una sistemática persecución estatal por parte de la Sección Especial de Represión del Comunismo. Cientos de sus adeptos fueron encarcelados, entre ellos, buena parte de los miembros del Comité Central. El partido fue declarado ilegal y **hubo un proyecto en el Senado de la Nación para convertir esa persecución en ley. Asimismo**, merced a la aplicación de la Ley de Residencia (Nº 4.144), varios de sus activistas extranjeros fueron deportados a sus países de origen, en los cuales había regímenes autoritarios. No pocos comunistas, sobre todo los que aparecían al frente de los conflictos, sufrieron sistemáticas torturas. De este modo, proletarización, “bolchevización”, giro a posiciones combativas y sectarias de izquierda y represión, son los ejes que permiten reconstruir esta etapa del PC argentino.

Fue en ese marco en el que se produjo la reorganización definitiva del partido en torno a las células obreras. Analicemos en detalle este proceso. A medida que avanzaba la década del veinte, el PC impulsó una mutación en su armazón interna y una precisión mayor de las características que debía asumir su militancia. Todo se colocaba en sintonía con el objetivo de

“bolchevizar” al partido, es decir, ponerlo bajo los cánones políticos y organizativos de la Comintern. La primera transformación que interesa analizar es la imposición de la estructura celular, consistente en el reagrupamiento de los afiliados activos en un organismo de base, denominado célula, que podía reunir un mínimo de tres individuos y un máximo de veinte. La célula comunista fue entendida de allí en más como la unidad fundamental y reproductora del PC, la base de su funcionamiento y el puente de vinculación con la clase obrera, del mismo modo que el comité lo fue para la UCR y el centro o casa del pueblo, para el PS. Las células se articulaban con la aspiración más básica del PC: su penetración orgánica en las estructuras laborales y el reclutamiento de obreros, para convertirlos en militantes, en los sitios de trabajo. La constitución de ellas fue lograda mientras se iba abandonando la organización, que el PC había heredado de la tradición socialista, de reunir a sus seguidores exclusivamente en secciones, agrupaciones o centros barriales. Hasta 1925 se mantuvo aquella forma de organización.

En verdad, la transformación de centros o secciones a células fue llevada a cabo en toda la IC. En un texto antiguo y ya clásico, el sociólogo y politólogo francés Maurice Duverger (1980) reflexionaba: “Las secciones eran un invento socialista; las células son un invento comunista. Más precisamente, son el invento del Partido Comunista Ruso, cuya III Internacional impuso su adopción a todos los partidos comunistas del mundo, en su resolución del 21 de enero de 1924: ‘El centro de gravedad del trabajo político de organización debe ser transferido a la célula’ [...]. La selección de la célula como base de organización entraña una evolución profunda en la noción misma de partido político. En lugar de un órgano destinado a la conquista de sufragios, a relacionar a los elegidos y a mantener el contacto entre éstos y los electores, se convierte en instrumento de agitación, de propaganda, de organización, y eventualmente de acción clandestina, para quien las elecciones y los debates parlamentarios no son más que un medio de acción entre otros, e incluso un medio secundario” (Duverger, 1980: 60-61 y 65-66).

Como ocurrió en los diversos partidos comunistas del mundo, en el PC argentino se consideraba que esta nueva estructura permitiría una colaboración más estrecha entre la masa de afiliados y la dirección, que aumentaría el compromiso de los militantes y que se incrementarían la capacitación y el nivel político cultural de estos últimos, al organizar jornadas colectivas de lectura, estudio y reflexión, más fáciles de programar dado el pequeño número de integrantes. Finalmente, las células hacían posible una mayor eficiencia en el control, la represión y la digitación de las actividades de la militancia. Esta mayor regimentación organizativa corrió paralela a un proceso de homogeneización e intolerancia con las disidencias: a fines de aquel mismo año se produjo la expulsión de los chispistas.

El Comité Local, que luego adoptó el nombre de Comité Regional, de la Capital Federal, el más importante del PC, fue el primero en aplicar la organización celular en forma masiva desde mayo de 1925. Ésta comenzó a regir más claramente a partir de las directivas adoptadas en ese

sentido en el Comité Ejecutivo ampliado de junio de ese mismo año y fue sancionada definitivamente en el VII Congreso del partido, en diciembre, cuando se aprobó la “Carta orgánica de las células de fábrica”.³ Hecho el balance de los primeros meses de aplicación de la nueva forma de agrupación de los militantes, desde comienzos de 1926 se produjo una completa reorganización del funcionamiento celular. Se rehizo el fichero de afiliados (con los datos de ocupación y vivienda) y se dividieron los nuevos radios que ocuparía cada célula; luego, se reconstituyeron todas las células y los comités de barrio.

El objetivo principal del PC era crear las llamadas “células obreras de empresa o taller”, es decir, conformadas por los que trabajaban en la misma planta. Si en una empresa no existía una concentración de adeptos que lo permitiera, éstos se agrupaban mezclados en las “células mixtas”. Existían, además, las “células de calle”, conformadas por vecinos, a las que se les asignaba un radio de acción en función de las fábricas donde debía efectuar la agitación. Veamos las disposiciones: “a) Los miembros del partido que no trabajan en usinas (domésticos, artesanos, campesinos pobres, etc.), pueden ser reunidos en células de calle según su domicilio. b) Las células de calle discuten y deciden todas las cuestiones del partido, ejecutan todos los trabajos del partido en el barrio, realizan la agitación en las casas, distribuyen publicaciones, etc. Sin embargo, las células de calle, allí donde se crean, no deben obstaculizar a las células de fábrica, y no les son comparables en importancia. Sólo la célula de empresa es la base de organización del partido. c) Si el número de los comunistas en una fábrica no es suficiente para formar una célula (1 a 2 camaradas), ellos pueden, siempre como miembros del partido que no trabajan en una fábrica pero que viven en los alrededores de una fábrica que tiene célula, ser agregados a esta última [...]. Los comunistas que trabajan en una fábrica, deben siempre conservar una mayoría preponderante segura. Además, la célula debe esforzarse por reclutar nuevos miembros de la fábrica, de manera que la proporción de los agregados se reduzca lo más posible”.⁴

Posteriormente, las células que se dedicaban a apoyar a otra de una empresa fueron denominadas con un término que sugiere bien la idea de asedio y de conquista que sobrevolaba: eran las “de bloqueo”, constituidas por vecinos del barrio en el que se hallaba ubicado el establecimiento. Desde estas últimas células, se intentaba fraternizar con los obreros, a quienes se los abordaba a la salida del trabajo y se los visitaba en sus domicilios. Cada célula tenía la obligación de tener un registro creciente y actualizado, con domicilios, de los simpatizantes del partido y de los lectores de los distintos materiales de la literatura comunista (periódicos, revistas, folletos, libros). A partir de la adopción de la política obrerista y revolucionarista de “clase contra clase”, algunas células de bloqueo acabaron derivando, especialmente en el ámbito juvenil, en las denominadas “brigadas de choque”, estructuradas sobre la base de un objetivo casi militar: “En

³ “Carta orgánica de las células de fábrica”, en PC de la Argentina: “Informe del Comité Ejecutivo al VII Congreso a realizarse los días 26, 27 y 28 de diciembre de 1925, en Buenos Aires”, pp. 14-17.

⁴ “Estructura y bolchevización del partido”, *LI*, Año VIII, N° 1087, 21/7/25, p. 3.

las brigadas de choque debe reunirse un grupo de camaradas que ofrezcan en su conjunto las garantías que emplearán todos los medios necesarios para arribar a la creación de la célula en una empresa determinada [...]. Se trata verdaderamente de un grupo “de choque” que se lanza a la empresa con un fin concreto que debe ser logrado a toda costa”.⁵

Sobre la presencia de los organismos de base comunista en relación con la escala y complejidad productiva de las empresas, se observa cierta disociación entre los deseos y la realidad. El partido sostenía que las células podían prosperar con más eficacia en los establecimientos grandes y medianos, donde se hacía factible el anonimato y la acción clandestina de los militantes. Pero lo cierto es que existían muchos comunistas ocupados en las pequeñas producciones mercantil y capitalista, que trabajaban en minúsculos negocios y talleres de menos de 10 empleados (obviamente, allí nunca pudieron formarse células). De allí que fuera el propio partido el que planteara, cada vez más insistentemente, que sus integrantes no se quedaran en estos reducidos sitios de trabajo. Imperaba la “línea de concentración”, es decir, la orientación a privilegiar la captación de obreros de las grandes fábricas y en las ramas industriales fundamentales. Esta estrategia se hizo explícita luego de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de junio de 1929: “Los comunistas deben trabajar en usinas; para hacer factible tal necesidad, debe producirse un proceso de emigración de comunistas de pequeños talleres a grandes establecimientos. El compañero que trabaja en la Chade, en Vasena o en la General Motors, tiene para el partido más valor que el otro que se ocupa en un taller donde las posibilidades de acción comunista son limitadas. El camarada que deja su profesión para ingresar a un frigorífico como peón, demuestra tener mayor espíritu revolucionario, mayor comprensión del trabajo de masas que el que permanece siempre en su pequeño taller, a resguardo de la reacción patronal y donde adquiere, fácilmente, una mentalidad que no es justamente la del proletariado industrial, que es la que conviene al partido. Trabajar en los grandes talleres, bloquear a las grandes fábricas, sobre todo de las industrias fundamentales, crear y extender la misión de los comités de fábrica. He ahí resumida las grandes tareas del partido en los momentos actuales”.⁶ Sin embargo, los éxitos de esta táctica fueron acotados en los primeros tiempos.

Es de destacar la forma metódica con la que fue encarada la organización e inserción de las células comunistas en los medios obreros de la Capital. Así se detallaba, en un informe interno, cómo se abordaba esta labor: “La mayoría de las células han hecho el censo industrial de su radio, es decir, especificar claramente las casas, negocios, industrias, talleres, etc., que tienen instalados sus lugares de trabajo en cada radio; saber la cantidad de obreros, obreras y menores que desempeñan sus funciones en cada una, y conocer la situación económica de los mismos. Averiguar el estado en que se encuentra el taller o la fábrica; si hay defectos en el trabajo, falta de

⁵ “Hagamos de las células de empresas la base de nuestras federaciones”, *Internacional Juvenil*, Año I, N° 2, mayo de 1931, pp. 6-8.

⁶ “La aplicación de la táctica del Frente Único”, *LI*, Año XI, N° 3299, 29/6/29, p. 6.

condiciones de higiene, horario, salarios y muchos otros datos inherentes a la actividad de los obreros. Hecho esto se tomaba a la fábrica que estuviera en peores condiciones, buscando con preferencia donde trabajaran afiliados o simpatizantes que pudieran proporcionar los datos necesarios, y comenzar en forma la agitación dentro del establecimiento”.⁷

De algún modo, podría sostenerse que la actividad de las células estaba recorrida por una serie de “formas rituales”. En este sentido, son útiles ciertas observaciones de Eric Hobsbawm, quien se refiere a los clásicos procedimientos y prácticas organizativas de las tendencias obreras, que, más allá del carácter utilitario que poseían, actuaban como formulismos que proporcionaban cierta satisfacción ritual (HOBBSAWM, 1987: 93-116). La actividad de cada célula en la Capital era orientada y controlada por el Comité Local, que procuraba capacitar a los obreros para comportarse eficazmente en el organismo y acrecentar sus tareas y responsabilidades. Las cuestiones que las células debían abordar en su vinculación con los trabajadores estaban predeterminadas: “Abusos patronales, compadrazos del capataz, poco salario, desocupación. Son temas que las células comunistas deben utilizar para correspondencias y conferencias a la salida del taller”.⁸ En las células, debían elegirse cinco secretarios: el general (y de organización), el de asuntos sindicales, el de agitación y propaganda, el de deportes y cooperativas, y el de cuestiones femeninas, idiomáticas y juveniles. Los cinco cargos se repetían para cada Comité de Barrio y, a su vez, para el Comité Local. Semanal o quincenalmente, se editaban circulares desde este organismo, en las que se señalaban aciertos y errores, se daban recomendaciones y se informaban nuevas directivas para las células. Estaban obligadas a remitir a dicho Comité una copia de las actas levantadas en cada reunión, destinadas a ser controladas por la Secretaría de Organización. Se castigaba al afiliado que continuaba en la célula anterior a su cambio de trabajo. En la carta orgánica sancionada en el VII Congreso del partido se prohibía que cambiaran de ocupación, oficio o domicilio sin previa comunicación al Comité Local. La imposición de estas formas rituales de procedimiento y de discurso acabó por cercenar la autonomía de estos organismos.

No obstante, la constitución y funcionamiento de las células estuvo lejos de establecerse rápidamente y fue más bien el desenlace de un proceso convulsivo, pleno de contradicciones y retrocesos. En los comienzos, parecía que la mayor parte de los adherentes al PC no alcanzaba a comprender o a aceptar la nueva forma de organización. Hacia agosto de 1926, como reconocía un informe del Comité Local, “Apenas el 20% de las células constituidas en mayo del año pasado, funcionaban, y por cierto, mal. Una cantidad apreciable de afiliados nuevos, desde el mes de diciembre a abril, no habían podido ser incorporados a sus respectivas células; existía además un

⁷ Mallo López, Israel “Informe de organización del Comité Local a la segunda conferencia de la Capital”, agosto de 1926, p. 1.

⁸ ¡Alerta! (“Comité de Barrio de Avellaneda”), Año I, N° 1, noviembre de 1927, p. 2.

buen porcentaje de compañeros que habían cambiado de lugar de trabajo y continuaban sin embargo en la célula anterior, si existía, o a la espera del cambio correspondiente”.⁹

Desde luego, una aspiración firme de los comunistas, junto a la reestructuración celular, era el reclutamiento permanente y selectivo de obreros. Desde septiembre de 1926, en todas las actas de reuniones del Comité Regional de la Capital Federal se incluía el acápite “Movimiento de afiliados”, donde se informaba la aceptación o no de las fichas de nuevos adeptos, y se indicaban los nombres completos de cada individuo y el lugar donde se produciría ese ingreso. El promedio de incorporaciones al PC capitalino durante 1925-1930 era de unas treinta por mes. Algunos de los que solicitaban la afiliación eran inmigrantes que presentaban sus carnets de pertenencia a los partidos comunistas de sus respectivos países: Italia, Rusia, Checoslovaquia, Polonia, Bulgaria, Hungría y Lituania eran los más comunes.

La estructura celular recibió un nuevo impulso en 1927. Hacia abril, un documento del CC del PC elevado a la Comintern aseguraba que la organización en células estaba completamente instaurada en la Capital Federal, parcialmente en la provincia de Buenos Aires, algo menos en las ciudades de Rosario, Córdoba y Tucumán, y en sus inicios en el resto del país. Lo que aparecía más retrasado era la creación de los órganos colectivos de dirección, los llamados “bureaux”, de las células. Se había avanzado, con las mismas desigualdades geográficas señaladas, en la reconstitución de los comités de barrio, los comités locales y los comités regionales.¹⁰ Para octubre de 1927, otro informe indica que, en el PC de la Capital Federal y en ciertos partidos del GBA, había noventa y cinco células, que agrupaban a casi ochocientos militantes.¹¹ Cada célula poseía su correspondiente número, para identificarse dentro de la vida partidaria. En ese momento, existían 38 células de calle, en las que se agrupaban 286 miembros, y 33 células mixtas, con otros 357 integrantes. Las células de empresa eran 24, con 153 adherentes, que se organizaron con igual efectividad en talleres y plantas de diversos tamaños, nivel de concentración laboral y ramas de actividad. Dado que se conformaban en empresas de distinta cantidad de operarios, la dimensión de cada una variaba: en un extremo, había varias con sólo 3 militantes (el mínimo requerido para formarlas); en el otro, una reunía 20 militantes (en una empresa ferroviaria).

Por otra parte, en sintonía con la línea movilizadora y radicalizada de “clase contra clase”, el PC comenzó a promover la creación de otros dos organismos de base en los que las células se comportarían como su embrión: en primer lugar, el “Comité de Fábrica”; luego, el “Comité de Lucha”. En realidad, ya estaban planteados como estratégicos por la IC desde su II Congreso (1920), para el objetivo de introducir el control obrero, pero fueron promovidos en la Argentina

⁹ Mallo López, Israel “Informe de organización del Comité Local a la segunda conferencia de la Capital”, agosto de 1926, p. 1.

¹⁰ CC del PC de la Argentina: “Al CE del Komintern”, Buenos Aires, 28/4/27.

¹¹ “Informe sobre la situación del PCA a la reunión del Secretariado Latinoamericano de la IC”, octubre de 1927.

recién a partir de 1928.¹² Aquí, ambos surgieron en empresas grandes y en algunas medianas; estaban constituidos por trabajadores comunistas e independientes o de facciones afines al PC. En ciertos casos, los comités de fábrica, impulsados por las células, sirvieron como plataforma para la conformación o consolidación de sindicatos. Así ocurrió en los frigoríficos de Berisso: de las células en el Swift y el Armour se constituyeron los comités de fábrica respectivos y, de allí, se pasó al Sindicato de la Industria de la Carne. En la madera, especialmente a partir de la huelga de octubre de 1929, los comunistas también definieron a estos organismos “indispensables para ligar a los obreros entre sí y la base para las acciones futuras” y los usaron como ariete para romper con el sindicato existente y constituir el Comité Pro Unidad Clasista de los Obreros de la Madera, primero, el Sindicato Unitario de Obreros de la Madera, luego.¹³ El “Comité de Lucha” surgió en vínculo directo con las situaciones de conflictividad. Hacia comienzos de 1931, el partido definía a este organismo como a un conjunto de delegados elegidos por los trabajadores de una fábrica, “... que coordina, unifica y dirige la acción de los obreros en la lucha por sus reivindicaciones. Para desempeñar su papel, el Comité debe constituirse sobre la base de las reivindicaciones discutidas por la masa capaces de movilizar a la mayoría de los obreros de la empresa, y estar compuesta por obreros que gocen de la confianza de sus camaradas”.¹⁴

La constitución de los comités de fábrica y de lucha, y las propias células obreras del PC, comenzaron a ser favorecidas también por una táctica interna del partido: los planes de “emulación revolucionaria”, a través de los cuales las diferentes secciones del partido se “desafiaban” a superar una serie de objetivos. En todas estas iniciativas se halla presente el tipo de subjetividad existente en la militancia comunista, adaptada a los requerimientos de la estrategia de “proletarización” y “bolchevización” imperante en esos años. Todo remite a un partido que pugnaba de manera vehemente por penetrar e insertarse en la clase obrera.

El análisis de la experiencia del PRT – La Verdad (PRT-LV), nos introduce en un período y una corriente política de izquierda bien distinta a la recién examinada. En efecto, son más de tres las décadas que median entre el proceso de proletarización e inserción del PC en el proletariado industrial y el caso que ahora analizaremos. Se trata de un tiempo histórico bien diferente, en tanto nos coloca ante una clase obrera ya remodelada completamente por el fenómeno del peronismo y por las transformaciones de la segunda fase de industrialización sustitutiva y el desarrollismo, así como por una serie de mutaciones demográficas, sociales y culturales que introdujeron novedades

¹² Ver: “El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresas”, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, México, Pasado y Presente, 1981, pp. 146-149.

¹³ Hernández, Aurelio A. “Lo que nos enseña la lucha”, en *El obrero del mueble. Órgano del Grupo Rojo de la Madera*, Año I, N° 5, noviembre de 1929, p. 3.

¹⁴ “¿Qué es un Comité de Lucha?”, en *LI*, Año XIII, N° 3370, 24/1/31, p. 4.

muy importantes. Al mismo tiempo, el actor también es diferente: abordamos una corriente trotskista de pequeña-mediana escala, lo cual suponía, no sólo el desafío de abrirse un espacio en el contexto de la mayoritaria adhesión de los trabajadores al peronismo, sino también el de dirimir fuerzas con otras expresiones de izquierda. No obstante, en el análisis de la naturaleza de los problemas de inserción, influencia y proletarización que afrontó esta organización podemos encontrar algunos puntos comunes con la anteriormente explorada.

La búsqueda de inserción en el proletariado del PRT – La Verdad (PRT-LV) se ubica entre los años 1968 y 1972 en el marco de una coyuntura abierta por el *Cordobazo*, signada por el ascenso en la conflictividad obrera, la radicalización político-ideológica, la emergencia del llamado clasismo y el inicio de una crisis orgánica que puso en jaque a la estructura económico-social argentina. El intento de inserción no sólo respondía a concepciones teórico-conceptuales sino también a una estrategia de reconstrucción como partido tras la ruptura de su estructura preexistente, el PRT, en el año 1968. Por ende, el nacimiento del PRT – LV supuso una reelaboración de los paradigmas organizativos a poner en práctica y la decisión de un profundo vuelco organizacional de su militancia en el seno de la clase obrera y en sus organismos de lucha tras una notoria merma de su militancia y migración de históricos cuadros de esta corriente.

En otro orden, la inserción en el proletariado se anclaba en un análisis político coyuntural. Desde los años 1967-1968, los dirigentes que formarían el PRT-LV argumentaron la existencia de una coyuntura defensiva y de luchas parciales de la clase obrera contra una burguesía que, en concordancia con el proyecto estatal, se lanzó a arrebatarle las conquistas laborales y organizativas antes obtenidas. Para esta corriente, las conquistas más temidas por la burguesía eran los Cuerpos de Delegados y las Comisiones Internas y, por ello, la principal consigna de la etapa recaía en la defensa de estos organismos de la clase obrera como así también de los sindicatos y de la CGT de todo tipo de ataque por parte del Estado y de las patronales¹⁵. A partir de diversos conflictos, este partido vislumbró la apertura de una etapa que ubicaría al movimiento obrero y urbano a la cabeza de las luchas a través de sus métodos tradicionales (como las huelgas y tomas de fábrica) en combinación con otros nuevos (GONZÁLEZ, 1999: 283-284) y, en concordancia con ello, comenzó su reconstrucción tras reafirmar el paradigma organizativo partidario leninista, pugnar por la penetración en el proletariado a partir de la participación en sus movilizaciones y, paralelamente, presentarse como alternativa de dirección de sus organismos ya existentes. Se planteó como premisa que un partido revolucionario no debía posicionarse por sobre los organismos que las propias masas se daban (como, por ejemplo, las comisiones internas y cuerpos de delegados) sino pugnar por su inserción en ellos a partir del esbozo de aquellas reivindicaciones que fueran capaces de colaborar con la elevación de las luchas existentes

¹⁵ “Una tendencia ultraizquierdista” [Firmado por “NM” – Nahuel Moreno]. Comité Central del PRT, Agosto de 1967, pp. 7-8.

(Moreno, 1973: s/p). Esta concepción se reafirmó y profundizó a partir del estallido del *Cordobazo* en 1969 dado que, para este partido, si tal estallido no produjo la caída definitiva del régimen, su causa fue el retraso en la formación de una dirección clasista y en la conservación por parte de la burocracia sindical del dominio de los organismos de masas lo que impidió que la clase obrera gestara un cambio radical en la relación de fuerzas¹⁶.

En la búsqueda de inserción, el PRT-LV desarrolló diversas estrategias. El método inicial utilizado en su objetivo de reinserción en la clase obrera sería la denominada *peinada* que consistió en la búsqueda de entablar relaciones individuales con su vanguardia y forjar una red de contactos de la organización¹⁷. Su aplicación conllevó dos modalidades. Por un lado, la relación de la militancia partidaria con los trabajadores fabriles de base, prioritariamente a partir del diálogo en torno a las problemáticas cotidianas propias de su ámbito laboral para luego, paulatinamente, profundizar tal relación a partir de un vínculo de mayor contenido político y, por otro lado, la concurrencia a las fábricas para entrevistarse con sus delegados e interiorizarse de sus reivindicaciones, realizar un padrón acabado sobre la estructura fabril de cada espacio laboral y trazar una caracterización sobre la situación interna de cada ámbito de trabajo para, sobre esa base, ponderar los espacios de inserción de la militancia.

No obstante, la estrategia fundamental recayó en la *proletarización* partidaria. Ella consistió en que una porción considerable de su militancia se insertara en los espacios fabriles a partir del ingreso laboral a diversos establecimientos y, una vez concretado ello, lograra una integración tanto al mundo del trabajo como a la cotidianeidad y a los espacios de sociabilidad de la clase obrera. En la práctica, la relación del militante proletarizado con sus pares se produjo de dos modos paralelos. Por un lado, a partir del desarrollo de las tareas laborales propiamente dichas y, por otro, mediante la inserción en la sociabilidad obrera en el marco de las vivencias cotidianas que continuaban más allá de las relaciones existentes en el ámbito de trabajo. En lo pertinente al primer elemento, se imponía como línea la necesidad de una actitud de evidente esfuerzo y tenacidad en su práctica como un medio para alcanzar un respeto laboral que se convirtiera en el paso previo y necesario para la conversión del militante partidario en un referente político-sindical. Por otro lado, y con respecto a la sociabilidad cotidiana, existió un abanico de formas de relacionarse en el marco de diversas instancias colectivas. Eran frecuentes las actividades deportivas, las relaciones en los tiempos de descanso en el marco de la propia jornada laboral, las actividades por fuera de los días laborales como la realización de salidas colectivas los fines de semana o la colaboración de los militantes con los obreros para la construcción de sus hogares.

En relación con ello, una de las expresiones más acabadas de la proletarización recayó en una concepción que vislumbró que la inserción del militante en la clase obrera no solamente debía

¹⁶ “1969”. Comité Central del PRT-LV, 1969, p. 2.

¹⁷ “Informe de actividades”. Comité Central del PRT-LV, Julio de 1969, p. 1.

producirse en el marco de un ámbito fabril sino también en el espacio barrial y en la cotidianeidad social. Existen experiencias paradigmáticas en este sentido como, por ejemplo, diversos estudiantes universitarios en los albores de recibirse que abandonaron sus estudios para forjar su ingreso a fábrica, o bien, migrar hacia el interior para posibilitar la apertura política del partido en un espacio no explorado. Cabría aquí el interrogante en torno a la existencia de una cierta tensión interna en la organización para conjugar la labor intelectual del militante con una evidentemente valorada praxis obrerista y sindical.

Al mismo tiempo, un elemento de inserción ponderado por esta corriente recayó en el papel que podrían cumplir las consignas motorizadas por un partido revolucionario como medio de elevación del nivel de conciencia de la clase obrera. Éstas tenían como objetivo su capacidad de movilización de los trabajadores y, por ello, debían reflejar las necesidades y el nivel de conciencia existente en la clase en cada momento determinado (Moreno, 1989: 212-213). En relación con ello, acorde al paradigma leninista, este partido utilizó dos conceptos para poner en práctica su estrategia discursiva de inserción en la clase obrera: la propaganda y la agitación. La primera de estas herramientas era identificada como la propiedad de una organización de brindar una elevada cantidad de ideas a un público reducido e incluía la formación para la propia militancia partidaria, las charlas individuales con el activismo obrero al que se le describía la situación nacional, internacional, el programa del partido o las diferencias con otras organizaciones revolucionarias y, principalmente, la venta del periódico semanal partidario en las puertas de fábrica y en los barrios obreros (Moreno, 1989: 196). Por su parte, la agitación era la capacidad de levantar unas pocas consignas (o bien, una sola) que dieran una salida para la lucha que el movimiento obrero tuviera planteada en un momento determinado. Ello se materializó a través de volantes o pintadas, por ejemplo¹⁸.

Un eje central para la inserción del PRT – LV recayó en la política adoptada por la organización en los momentos de conflictividad de un espacio fabril o laboral determinado. Ante un reclamo laboral, este partido desarrolló dos variantes. La primera de ellas consistió en la participación en aquellos conflictos en espacios en donde esta corriente no poseía una ligazón política preexistente. La metodología utilizada en este caso recaía en la concurrencia de los militantes para acercar la solidaridad de la organización con los trabajadores y ponerse a disposición de éstos para las diversas tareas necesarias para el sostenimiento de su lucha. Una vez entablado un vínculo, el papel consistía en la puesta en práctica de iniciativas que se les proponían a los obreros en lucha tales como el desarrollo de colectas en otras fábricas y en el movimiento estudiantil, la invitación a sus trabajadores a recorrer otros ámbitos laborales en los que el partido

¹⁸ “Sobre agitación y propaganda (para BI)”. Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1969, p. 1.

poseía un peso sindical, ofrecerles la impresión de un volante que narrara las causantes de tal conflicto y sus reivindicaciones, entre otras variantes que se combinaron.

La segunda alternativa de participación en los conflictos se produjo en aquellos ámbitos en los que este partido ya poseía una inserción política de su militancia y que, al momento de producirse una problemática laboral, se erigió como la dirección de tal proceso de lucha. Para ello, una herramienta que esta organización buscó construir en cada espacio laboral fueron las denominadas tendencias sindicales. Se trató del objetivo de conformar agrupaciones que, siendo dirigidas por este partido, tuvieran una composición más amplia que sus miembros. Junto a la militancia del PRT - LV, coexistían diversos componentes que, en el plano sindical, actuaban conjuntamente con esta corriente como, por ejemplo, activistas que no pretendían una militancia partidaria u obreros provenientes del peronismo que rechazaban a sus cúpulas sindicales burocratizadas y encontraban en estas tendencias un espacio de participación más allá de las diferencias políticas. El impulso de las tendencias le permitió a este partido profundizar el proceso de captación política fabril dado que, a partir de un trabajo conjunto en el plano sindical en el marco de una misma agrupación, se forjaba una relación que podía desembocar en la transición de un vínculo gremial a una participación partidaria. Simultáneamente a la conformación de tendencias, la metodología de construcción central recayó en los intentos de conquista de los organismos de lucha que los propios trabajadores desarrollaban tales como las comisiones internas y los cuerpos de delegados y el sostenimiento en ellos de las reivindicaciones transicionales capaces de colaborar con la radicalización de los posicionamientos políticos de los trabajadores y de elevar sus formas de luchas para, simultáneamente, erigirse como la dirección reconocida en los conflictos que se sucedieran.

En cuanto a las dificultades que se desprendieron de esta búsqueda de inserción puede afirmarse que, una vez puesta en práctica, la proletarianización conllevó, en determinados casos, diversos tipos de obstáculos para una real inserción fabril. Una de ellas recayó en aquellos militantes que fueron absorbidos en sus tiempos por las tareas laborales cotidianas y ello les impedía elevarse al rol de activistas dentro de la fábrica y establecer un diálogo político con sus pares. La otra problemática recayó en aquellos activistas que, en la búsqueda de erigirse rápidamente como dirigentes político-sindicales, adoptaron posiciones y encabezaron acciones alejadas del nivel de conciencia y del grado de construcción desarrollado por parte de las bases obreras lo que trajo aparejada una brecha con respecto a aquellos sectores que se pretendía dirigir y el aislamiento o la exposición de estos cuadros a merced de las sanciones de las empresas o de las propias dirigencias sindicales burocratizadas¹⁹. Del relevo documental también se desprende la dificultad existente, en determinadas oportunidades, de lograr que las numerosas relaciones

¹⁹ “Logremos una nueva dirección del movimiento obrero”. V Congreso Nacional del PRT-LV, 1970, pp. 9-10.

sindicales forjadas en los ámbitos laborales, la participación en los organismos de dirección gremiales y la inserción en los conflictos se transformaran, a su vez, en vínculos políticos y, a partir ello, la posibilidad de un crecimiento cuantitativo del partido a partir de la captación en la vanguardia del movimiento obrero. La percepción de este límite llevó a la dirección partidaria a alertar sobre el peligro de una desviación sindicalista que debía encauzarse entendiendo por ella el error de vislumbrarse dentro de la organización una separación, de hecho, entre los militantes sindicales y los políticos²⁰. Se evidencia en esta tensión un obstáculo del proceso de proletarianización que recayó en una asimilación y adaptación del militante a una labor sindical y a una vanguardia obrera en ciernes que hacía peligrar el objetivo de politización de esta estrategia.

Cuantificar el grado de inserción que tuvo el PRT – LV en el seno de la clase obrera, presenta diversas dificultades, pues ella se desarrolló en el marco de una coyuntura represiva que obligó a esta organización a un funcionamiento con metodologías propias de una práctica militante clandestina. Por otro lado, un elemento que dificulta la cuantificación en torno al grado de influencia de una organización revolucionaria en este período recae en la existencia de una clase obrera que, en un porcentaje amplio, autodefinía su identidad política con un anclaje en el peronismo. Ello puede llevar a conclusiones erróneas dado que el bagaje conceptual y metodológico que la izquierda revolucionaria argentina logró desarrollar dentro de la clase obrera en esta coyuntura aparece como un elemento determinante dentro de los rasgos característicos concretos de este sujeto social. Metodologías propias de la democracia obrera, el fenómeno del clasismo y la radicalización de los conflictos con prácticas como las tomas de fábricas o las huelgas de larga duración, dieron cuenta de una retroalimentación entre la izquierda revolucionaria y la clase obrera que iba más allá de la filiación identitaria (o electoral) de esta última. En relación con ello, el PRT – LV fue una de las expresiones políticas existentes dentro de esta clase y es uno de los ejemplos del grado de radicalización de este sujeto en una coyuntura en la que parte de su vanguardia viró hacia posiciones de ruptura con el sistema capitalista, con las alianzas policlasistas y con las estructuras sindicales burocratizadas.

A partir del análisis de dos experiencias disímiles tanto en términos ideológico-conceptuales como en el tipo de contexto en el que estas estructuras se desarrollaron, es factible esbozar algunas conclusiones que permitan dar cuenta de las similitudes encontradas entre estas experiencias de inserción de una organización revolucionaria en el seno de la clase obrera a la que ambas pretendieron dirigir. Se desprende del análisis realizado que el concepto de proletarianización tuvo un significado bastante común. La inserción orgánica entre los trabajadores de los talleres y grandes fábricas que el PC realizó en los años veinte y treinta a partir de su estrategia de

²⁰ “Informe de actividades”. VI Congreso Nacional del PRT-LV, Septiembre de 1971, p. 2.

bolchevización del partido tuvo su correspondencia con el masivo vuelco a fábrica que la militancia del PRT-LV otorgó a finales de los años sesenta como parte de una reconstrucción partidaria producto de una crisis preexistente. La participación ardua en las tareas laborales fabriles, la inserción en el espacio barrial o la búsqueda de socialización en la cotidianeidad de la clase fueron aspectos compartidos por ambas estructuras. No obstante, podría llegar a esgrimirse una diferenciación en cuanto a la proletarización en lo pertinente al bagaje teórico en el que se apoyaba. Mientras que el PC profundizó este accionar durante la aplicación de la línea de *clase contra clase* que dio cuenta de una extrema combatividad ofensiva de las organizaciones gremiales dirigidas por este partido, el PRT-LV justificó su inserción en los organismos gremiales (tales como las comisiones internas y cuerpos de delegados) con una retórica más bien defensiva en la que se argumentaba la necesidad de resguardar tales conquistas históricas de la clase obrera ante los avances realizados por las patronales y el estado.

En otro aspecto, también se percibe una notoria diferencia en cuanto al tipo de organización de la militancia proletaria. Mientras que el PC desarrolló la estructura celular como modo de aglutinamiento central de su activismo obrero, el PRT-LV mantuvo, prioritariamente, la estructura de equipos o núcleos basados en criterios principalmente geográficos (aunque ello no eliminaba la posibilidad de formación de ocasionales equipos partidarios aglutinados según la rama laboral). Paralelamente, esta organización trotskista dinamizó la formación de las tendencias sindicales, agrupamientos de una militancia obrera por rubro o fábrica más amplia que los miembros del propio partido. Se encuentra aquí una cierta coincidencia con diversos organismos impulsados por el PC como, por ejemplo, los Comité de fábrica y Comité de lucha que gozaban de una composición más amplia que su propia militancia. En ambos casos, estas instancias de organización eran pensadas como embriones de futuras conducciones sindicales que incluyeran a sectores independientes y permitieran construcciones de mayor envergadura.

Al mismo tiempo, mientras que el PC impulsó las células de calle y las de bloqueo con los respectivos objetivos de realizar una agitación en un espacio fabril y confraternizar con los obreros a la salida de fábrica, el PRT-LV utilizó estrategias tales como la agitación en las puertas de fábricas motorizadas por sectores del partido como el estudiantado, o bien, la práctica de la “peinada” con la que obtenían un diálogo con los trabajadores y se interiorizaban de sus problemáticas. En este aspecto, se halla una relación directa con los censos industriales realizados por el PC con estos mismos objetivos. En ambos casos, eran un primer paso para forjar una relación que, de diverso modo, luego sería profundizada.

Una última coincidencia entre ambas experiencias recae en la búsqueda de privilegiar una inserción militante y una captación en aquellas grandes fábricas, o bien, en las ramas industriales fundamentales (la industria de la carne en los veinte y treinta o los rubros automotriz y

metalúrgico en los sesenta). Ello explica, en ambas estructuras, una política de reubicación de la militancia (por rubro y geográfica) no exenta de ciertos conflictos y tensiones internas.

Quizás una diferencia relevante entre una y otra experiencia sea la existencia de una mayor dificultad en el PRT-LV para forjar una captación partidaria una vez establecidos los lazos sindicales. En otras palabras, se percibe una mayor tensión por parte de la organización trotskista a la hora de transformar en militancia partidaria a aquellos activistas con quienes compartían una experiencia sindical. Podría plantearse el interrogante sobre la influencia de un contexto político disímil en ambos casos y, en ese sentido, la inserción del PRT-LV en una coyuntura en la que el peronismo era ideológicamente hegemónico en la clase obrera más allá del carácter combativo (y en muchos casos clasista) de buena parte de sus componentes. En ese sentido, la experiencia del PC aquí desarrollada se dinamizó en un marco de proliferación de ideologías existentes en el seno de la clase obrera sin una clara hegemonía por parte de alguna de ellas.

Bibliografía:

ABRAMO, Laís y MONTERO, Cecilia. “Origen y evolución de la Sociología del Trabajo en América Latina”. En: DE LA GARZA TOLEDO, Enrique (Comp.). **Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo**. México, FCE, 2000.

BOXALL, Peter y HAYNES, Peter. “Strategy and Trade Union Effectiveness in a Neo-liberal Environment”. En: **British Journal of Industrial Relations**. Vol. 35, n° 4, diciembre 1997.

CAMARERO, Hernán. **A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina**. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

DUVERGER, Maurice. **Los partidos políticos**, México, FCE, 1980 (1° ed. en francés: 1951).

GONZÁLEZ, Ernesto (Comp.). **El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana, Volumen 2 (1963-1969)**. Buenos Aires, Editorial Antídoto, 1999.

GRAMSCI, Antonio. “El Partido Comunista y los sindicatos (Resolución propuesta por el Comité central para el II Congreso del Partido Comunista de Italia)”, en: **Il Comunista**, 29 de enero de 1922, III, Nro. 25.

GRAMSCI, Antonio. “Sindicatos y Consejos II”, en: **L’Ordine Nuovo**, 12 de junio de 1920.

HELMKE, Gretchen y LEVITSKY, Steven (eds.). **Informal institutions and democracy. Lessons from Latin America**. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006.

HOBBSBAWM, Eric, “La transformación de los rituales obreros”, en **El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera**, Barcelona, Crítica, 1987.

LENIN, Vladimir. **Qué Hacer. Problemas candentes de nuestro movimiento**. Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2007.

- LENIN, Vladimir. “La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo”. En: **Obras escogidas. Tomo XI (1920-1921)**. Moscú, Progreso, 1973.
- LUXEMBURGO, Rosa. **Huelga de masas, partidos y sindicatos**. Madrid, Siglo XXI, 1974.
- MANGIANTINI, Martín. “Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT-La Verdad (1968-1972)”. En: **Revista Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda**. Año 2, N° 4, marzo de 2014.
- MORENO, Nahuel. **Argentina y Bolivia: un balance**. S/l, S/e, 1973.
- MORENO, Nahuel. **Un documento escandaloso (En respuesta a ‘En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional’ de Ernest Germain)**. Buenos Aires: Ediciones Antídoto, 1989.
- POZZI, Pablo. **Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista**. Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.
- SANTELLA, Agustín. “Aportes de Gramsci al estudio de la acción colectiva sindical”. En: **XXVIII Congreso Internacional de ALAS**, Recife-PE, 2011.
- TARROW, Sidney. **El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política**. Madrid, Alianza, 1994.
- TROTSKY, León. **Adónde va Inglaterra. Europa y América**. Madrid, Ediciones Biblos, 1927.
- TROTSKY, LEÓN. “Comunismo y sindicalismo”, 14 de octubre de 1929. En: **Los sindicatos y las tareas de los revolucionarios**. Ediciones IPS-CEIP, 2010.
- TROTSKY, LEÓN. “Los sindicatos en la época del imperialismo”, 1940.